
DE BUENAS LETRAS

Un cine de seres humanos

JOSÉ ABAD

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Sobre las ruinas provocadas por el régimen fascista —pues el fascismo sólo genera ruina, hay que insistir en ello—, el cine italiano erigió una de las corrientes éticas y estéticas más revolucionarias del siglo XX: el Neorrealismo. A esta corriente Antonio José Navarro ha dedicado un excelente ensayo: 'El cine neorrealista italiano' (Sílex), un riguroso análisis sobre el antes, el durante y el después de aquel momento único. Tal como escribió José Enrique Monterde a propósito de 'Roma, ciudad abierta' (1945), considerada comúnmente el título fundacional, el Neorrealismo «es el momento de la toma de conciencia, [...] de que no es posible la mera constatación de la Realidad, por cruda que ésta sea, sino el compromiso con ella». Según Cesare Zavattini, uno de sus principales ideólogos, el cine no podía limitarse sencillamente a entretener; tenía que enfrentar al público a la realidad. En consecuencia, el

Neorrealismo se echó a la calle para contar pequeñas historias cotidianas, recurrió a actores no profesionales o no convencionales, y usó la cámara para documentar los hechos, y no como el malabarista usa los bolos. La pantalla devino una ventana abierta al mundo. Ahora, «el público es, a la vez, receptor y protagonista», apostilla Navarro.

En unos pocos años, un puñado de cineastas —Luchino Visconti, Roberto Rossellini, Vittorio De Sica «e altri»— llevaron a la pantalla esos escorzos de realidad que el fascismo había maquillado o silenciado durante dos décadas... Pues al fascismo le gusta maquillar o silenciar todo cuanto le resulta incómodo, como estamos viendo actualmente un poco por todas partes. La cosecha cinematográfica de posguerra es admirable: 'Roma, ciudad abierta', 'Ladrón de bicicletas', 'Paisà', 'La terra trema', 'Milagro en Milán', 'Bellísima', 'Umberto D.', etc., que cuentan con sus respectivos capítulos en este libro. Resultan especialmente interesantes los primeros tanteos con el realismo en tiempos de Mussolini, pocos pero contundentes —'Treno popolare', 'Obsessione'—, que dan testimonio de una necesidad imperiosa, la de reflejar en la pantalla la Italia auténtica, la que te encontrabas en la calle, el barrio o los arrabales, y no la de la propaganda, las soflamas y las fanfarrias: «el cine neorrealista, en definitiva —escribe Navarro—, no es un cine de 'personajes', sino de seres humanos atrapados y sorprendidos en una etapa vital muy concreta». No es de extrañar que esta poética disgustase luego a los capitostes de 'Democrazia Cristiana' ni que, en cambio, entusiasmara a algunos cineastas en la España de la dictadura, pues el Neorrealismo les descubría lo que faltaba (y faltó) en nuestro cine durante tanto tiempo.